

SEGUNDA PONENCIA: LA SOCIEDAD

Ponente: *Javier Garisoain*

El Carlismo es un movimiento político que nació como baluarte contra el proceso revolucionario, para arropar al rey legítimo de las Españas, para ayudarle a la reconquista del poder. El objetivo del Carlismo a lo largo de todo el siglo XIX y parte del XX era principal y directamente político. Se trataba, como expresa el himno de Oriamendi, de lograr que viniera “...*el rey de España a la corte de Madrid*”. No se planteaban los primeros carlistas -pues nacieron como movimiento de autodefensa social- la necesidad de construir sociedad porque esa sociedad -católica y tradicional- ya existía y lo único que necesitaba era respeto y protección para seguir desarrollándose en libertad.

Principales retos y problemas a los que nos enfrentamos

Esta necesidad de construir -o al menos de reconstruir las partes dañadas- fue haciéndose patente a medida que la consolidación del liberalismo y la usurpación alejaban la posibilidad de una restauración monárquica. Conforme las ideologías subsiguientes iban arrasando la sociedad tradicional, usurpando, controlando y centralizando la auténtica vida social. La tarea destructora de la Revolución extendió la descristianización, el liberalismo, el individualismo y todas las ideologías que han logrado su actual hegemonía cultural. Además, en el debate territorial, ese estatismo creciente dejó el campo abonado para la disputa que desde entonces sufrimos entre centralistas y separatistas, dos caras de una misma manera antitradicional de entender las cosas.

En la cúspide del nuevo sistema, la antigua autoridad monárquica fue sustituida por una caricatura de monarquía que ha servido para dar un barniz de respetabilidad a quienes actúan como auténticos “reyes” en la sombra: las oligarquías de la partitocracia. El sistema al que nos enfrentamos es una dictadura perfecta y se las ha arreglado para controlar tanto el gobierno como la oposición. El sistema electoral, tal como está planteado, solamente sirve para arreglar las disputas internas de los partidos mediante el reparto de cargos y para acallar cualquier protesta.

La respuesta del tradicionalismo

La primera respuesta del Carlismo a la revolución liberal fue, como hemos visto, tratar de recuperar el gobierno legítimo para el rey legítimo. Pero si el Carlismo hubiera sido un movimiento puramente legitimista se habría extinguido tras su derrota en la primera guerra. No fue así, y desde entonces los carlistas se consagraron a la ingrata tarea de retardar en lo posible los efectos de la revolución. En esa guerra incruenta nos hemos desgastado y hemos llegado a ser lo que somos, un pequeño reducto de resistentes que, no por nuestros méritos sino por pura providencia, mantenemos viva la memoria o el germen de la España tradicional.

Los primeros carlistas tenían prisa por recuperar para las Españas un gobierno legítimo y tradicional. Vislumbraron con una claridad sorprendente el poder corrosivo que suponían las ideologías anticristianas. Hicieron todo lo que estuvo en su mano, fueron derrotados, pero ¿quién podría decir hasta qué punto ha servido la presencia del Carlismo para aminorar, para retardar los efectos de la revolución?

Los episodios bélicos ocupan páginas llamativas y épicas de nuestra historia, por razones obvias. En una historia de 185 años las guerras abarcan apenas quince de ellos. ¿En qué se ocuparon los carlistas durante esos otros 170 años? Veamos dos ejemplos: Para sustituir las anquiladas estructuras de solidaridad comunitaria que habían sido los gremios surgió el catolicismo social que puso en pie el impresionante tejido de las cooperativas y las cajas. Para contrarrestar el totalitarismo estatal en la enseñanza se crearon multitud de centros educativos católicos. Son solamente dos muestras de cómo, independientemente de la lucha propiamente política por el poder -que nunca se abandonó en su forma electoral-, se ha venido desarrollando en nuestra historia una contienda paralela, no menos trascendente, y también política, por la sociedad. Y ahí han estado siempre, en primera fila, los carlistas. La teoría de las dos soberanías, magistralmente expresada por Juan Vázquez de Mella, respondía a la realidad de esta doble lucha política y social.

En el momento actual, año 2018, todos los indicadores nos alejan día a día, cada vez más, de una solución netamente política. Como don Pelayo en los inicios de la Reconquista, no vislumbramos de qué manera podría volver España a ser ella misma de modo pleno y menos aún coronada por un rey legítimo “en la corte de Madrid”. Sin embargo, el campo que nunca dejaremos de tener al alcance de la mano, aquel en el que también como carlistas estamos llamados a trabajar, es el campo de la política social y cultural.

Los carlistas del siglo XXI tenemos idéntica misión que los del XIX y XX, aunque multiplicada, de construir, o al menos de ser levadura y sal para procurar que lo que se vaya reconstruyendo en el campo social responda al ADN original de España. ¿Qué podemos hacer en este sentido?

Lo primero que hemos de tener claro es que la sociedad española es mucho mejor de lo que leemos en los periódicos, mejor que lo que sale en la televisión, y desde luego mucho mejor que la casta política que usurpa su voz y su representación y que está compuesta por servidores de ideologías y de intereses extranjeros. La España real, desnortada, desestructurada y desanimada, lleva a pesar de todo en su seno una inercia potente que la empuja a ser ella misma. Existe una España tradicional, formada por familias normales, por gente normal, personas que creen en Dios, en la familia, en la libertad y en el amor a su patria. Ese conjunto de valores antropológicos, propiamente humanos, antiideológicos, que además son inseparables y tienden a unirse en un mismo bloque coherente, son la esperanza y el baluarte último contra el que está chocando día tras día **una revolución envalentonada**. Y son estos principios en torno a los que habremos de organizar nosotros, los carlistas, y todos aquellos que quieran y puedan acompañarnos, la construcción o reconstrucción de una sociedad cada vez más fuerte y vital.

Entendemos por tanto que a lo que estamos llamados hoy como tradicionalistas, como católicos españoles con vocación política, es a alentar la creación de redes sociales, de núcleos de resistencia, de auténticas “células madre sociales” que sean capaces de **reactivar una auténtica vida social desde abajo**, desde cada calle y cada pueblo. Esta tarea, en tono constructivo y no necesariamente bélico, recuerda a la estrategia de la guerra de guerrillas que tan buenos resultados ha ofrecido a los españoles contrarrevolucionarios en más de una ocasión histórica. Si no es posible un enfrentamiento en campo abierto con el Goliath en que se ha convertido el sistema liberal procuremos obtener al menos pequeñas

victorias que eleven la moral de los nuestros y nos permitan soñar con una suerte de espacios sociales “liberados”. Tenemos que soñar con ámbitos sociales en los que se preserve la paz social, y el bien común y que sirvan para vacunar a las nuevas generaciones contra la manipulación de las ideologías.

Dediquemos ahora algunas reflexiones al ámbito electoral. Por contaminación liberal se suele identificar equivocadamente como lo más típicamente político, como si la participación en el tramposo teatro de las urnas fuera lo único que cabe hacer. No hace falta insistir en que la acción electoral es solamente una más de las herramientas que hay que considerar. Y para nosotros no puede ser ni la más importante, ni la más urgente. Dicho esto hay que estudiar con atención los resquicios como el municipal en los que en teoría aún sería posible destacar en cargos públicos a representantes de una sociedad libre, especialmente en municipios pequeños. Sería muy interesante además explorar las posibilidades que ofrecen las candidaturas independientes, así como apoyar las voces que piden reformas en la línea del llamado “diputado de distrito”. Pero incluso sin que se produzcan cambios legales en esa línea, el sistema actual, diseñado para la concurrencia de partidos políticos convencionales, tiene algunas grietas que permiten la presentación de agrupaciones de electores o de candidaturas personales. Existen ejemplos de distinto sesgo ideológico que merece la pena estudiar. En cualquier caso lo que es imprescindible es que rompamos totalmente con los partidos políticos y que nos neguemos a utilizar sus métodos siquiera como herramienta táctica. **Una vez más, de forma rotunda, hemos de insistir en que la Comunión no es un partido político.** Es una organización política, al servicio de un ideal político, pero no es un partido tal como se entienden hoy en día como estructuras para el reparto del poder. Nosotros hemos dicho y seguiremos diciendo, porque somos legitimistas, “*que venga el rey de España a la corte de Madrid*” pero nunca diremos “que vengan los afiliados de la Comunión a ocupar los ministerios”. Porque no creemos en esa forma partitocrática de entender el servicio político.

Conclusiones

Las posibilidades de acción para desarrollar nuestro ya clásico lema de “*Más sociedad, menos estado*” son prácticamente infinitas. Las comunicaciones aportadas nos han ayudado a la redacción de las siguientes conclusiones que presentamos para su aprobación en este Congreso. Queda fuera de esta Ponencia todo aquello que haga referencia más directa a la familia y a la Hispanidad. Las otras dos ponencias de este Congreso completarán estas reflexiones y conclusiones en esos ámbitos. La familia es previa a cualquier acción política o social, es la cantera en la que se forman las virtudes, la libertad, el espíritu crítico y la solidaridad. La Hispanidad, por su parte, es la gran meta que sintetiza la misión de España en el mundo, y lo que ha de marcar por tanto el rumbo de toda la sociedad.

- Es preciso animar y fomentar como primer escalón de la acción política y social las agrupaciones naturales de familias: las comunidades de vecinos, las asociaciones familiares locales. Debemos estudiar, renovar y reinstaurar como prioridad el modelo de los clásicos círculos carlistas. Todo ello ha de constituir un primer núcleo de resistencia.

- No se entiende una lucha trascendente como la que estamos llamados a mantener sin un alimento espiritual. Nuestros militantes han de cuidar una buena formación y vivencia religiosa. Además es necesario que nuestra acción tenga en cuenta la vida de la Iglesia en sus parroquias y sus movimientos. En ningún caso para suplantar su labor constituyendo al Carlismo en otro movimiento eclesial, sino para completar su acción. Porque un católico sin dimensión socio-política es un católico amputado.

- El ámbito de la formación de niños y jóvenes, la escuela, la universidad, requiere un asociacionismo específico: de maestros, de padres, de alumnos, de ocio y tiempo libre, para la divulgación de la doctrina y la historia. **Cruz de Borgoña** y el **Foro Alfonso Carlos** son dos herramientas imprescindibles para el Carlismo actual en este ámbito de la formación.

- El campo enorme y decisivo de la cultura, el arte, la literatura y el mundo editorial, la moda, el ocio, la música y el folclore precisan de españoles que desarrollen su vocación específica al servicio de la belleza. La acción cultural de los carlistas ha de tener como objetivo primordial liberar a todas las manifestaciones culturales de las manipulaciones ideológicas y partidistas a que están sometidas.

- La economía y la empresa. En este campo, tal vez más que en ningún otro, necesitamos profundizar en el conocimiento y la divulgación de los ejemplos que nos ha legado la tradición española. Frente a la falsa dicotomía socialismo-capitalismo que todo lo reduce a Sociedades Anónimas, bancos y entidades gubernamentales, debemos recuperar primero y levantar después, la bandera de una concepción cristiana de la riqueza y el trabajo en la que tengan cabida y protagonismo las cooperativas de consumo y laborales, el auténtico comercio, distribución y transporte justo, las asociaciones gremiales y sindicales, las cofradías, mutualidades y agrupaciones laborales y profesionales de toda clase, las cajas y montes de piedad, etc.

- Elemento insustituible en la moderna vida social es todo aquel que se ocupa de la información. Necesitamos definir mejor unos criterios tradicionales que guíen el trabajo y el servicio de los periodistas. Los medios convencionales, internet y las redes sociales, las agencias y productoras audiovisuales, se han convertido en tentáculos al servicio del poder que deben también ser liberados y puestos al servicio de la verdad. **Ahora Información** está llamado a convertirse en un medio de referencia cuyo estilo y manera de hacer las cosas sirvan de ejemplo a otras iniciativas.

- La batalla electoral es la parte más visible de la lucha político-social que libran las ideologías para vaciar a España de contenido. Mediante el proceso electoral la elección de cargos que hacen los comités de los partidos adquiere una aureola de respetabilidad democrática que hemos de desenmascarar. Es imprescindible explorar y aprovechar las grietas del sistema partitocrático para, cuando sea posible, introducir candidatos decentes, candidaturas auténticamente independientes, etc.

- Por último es lógico prepararse para una autodefensa pura y dura frente a los abusos del poder. La historia nos enseña que los regímenes totalitarios nunca se contentan con el mero control del poder. Siempre buscan el dominio total y el aplastamiento de cualquier

disidencia. Es por ello que debemos fortalecer herramientas como nuestro **Socorro Blanco** y dotarlas de recursos, voluntariado, cajas de resistencia, etc.